



Nova et vetera

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Rector: Illmo. y Revdmo. Sr. Dr. D. JOSE VICENTE CASTRO SILVA.

Redacción: EDUARDO CARRANZA. — Administración: A. DELGADO PLAZA.

## SUMARIO

**R. P. J. V. Duccatillon, O. P.:** El drama espiritual de nuestro tiempo y el deber sin observancia de los cristianos.—**Jesús Estrada Monsalve:** Simón Bolívar en Santo Tomás de Aquino. (Réplica al profesor Leopoldo Uprimny en la polémica bolivariana.) —**Rafael Osorio R.:** El toro de siete colores.—**Pedro Gómez Valderrama:** La luna del recuerdo.—**F. C. D.:** Tomás Lombo.—**R. de Z. G.:** Hernando Gómez Mejía.

Volumen XXXVIII — Agosto-Septiembre de 1943 — Nos. 373 y 374.

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

Redacción: Eduardo Carranza. — Administración: A. Delgado Plaza.

Volumen XXXVIII Bogotá, agosto y septiembre de 1943. — Nos. 373 y 374

---

## EL DRAMA ESPIRITUAL DE NUESTRO TIEMPO Y EL DEBER SIN OBSERVANCIA DE LOS CRISTIANOS \*

### I

Cuando hablamos del actual conflicto como de una crisis de la civilización, como de la lucha de nuevas concepciones anticristianas de la vida contra viejas civilizaciones de tipo cristiano, no nos estamos refiriendo a una guerra de religión.

Religión y civilización no constituyen la misma cosa, bien que entre ellas existan estrechas relaciones.

Interesa, pues, por sobre todo, si queremos comprender lo que ocurre hoy en el mundo, darse cuenta cabal, ya de las diferencias como de las relaciones.

★

Sean cuales fueren las disputas de los especialistas sobre la palabra civilización, para el común de los hombres y según su modo más espontáneo de apreciación, la idea de civilización es opuesta a la de barbarie y salvajismo. En contradicción al salvaje: rudo, brutal, sin moderación, fácilmente sanguinario, el civilizado posee cierto refinamiento de maneras, cierta ele-

---

(\*) Traducción de la Administración.

vacación y nobleza de pensamiento y modo de sentir, una distinción, un estilo, para decirlo todo. La civilización se enfrenta a la barbarie como a un estado primitivo, impulsivo, todavía no desecho lo bastante de los móviles instintivos. Constituye ella una situación de libertad en el hombre que en él mismo y a su alrededor ha conseguido el dominio sobre la naturaleza inferior. *Sapiens dominabitur astris*. El sabio, es decir, el civilizado, es aquel cuya vida no está gobernada por las fatalidades instintivas y cósmicas. El civilizado, en su más amplio sentido, es el hombre emancipado.

Y ese libre dominio ofrece tantos aspectos como la vida misma del hombre.

Un aspecto material, ante todo. Existe, en efecto, una auténtica civilización material, un señorío de la naturaleza para la satisfacción de necesidades y para el bienestar de la vida. Piénsese, si no, en el hombre primitivo, desnudo y desprovisto de todo en medio de la naturaleza salvaje, precisamente porque esa naturaleza no ha sido aún dominada. De cuántos gigantes esfuerzos tuvo que valerse la criatura humana para, poco a poco, y en milenios de milenios, llegar a sojuzgarla! Recorramos con el pensamiento el camino ya hecho, desde el habitante de las cavernas armado tan sólo de su sílex hasta el hombre moderno, provisto, para subvenir a las urgencias y ordenamiento de su existencia, de todo lo que la ciencia ha puesto al alcance de su mano. Inauditos progresos ha logrado, a no dudarlo, en dos siglos, esta civilización material, tantos que, deslumbrados por ellos, hemos llegado a pensar, muchas veces, que es eso lo esencial.

Pero la civilización nos ofrece todavía otro aspecto, más superior, mayormente desinteresado: el aspecto intelectual y artístico. El hombre no sólo conquista lo necesario o útil para su vida material, él ansía también por la verdad y la belleza de que está urgida su alma. Eso le ennoblece de preferencia, le hace humano en una forma suprema. El sabio, el filósofo, el artista, sobrepasan, ciertamente, en valer humano, al simple técnico. Ese aspecto de la civilización es el que denominamos

cultura. Por haber logrado la perfección en esos dominios, la civilización helénica antigua alcanzó en la historia de la humanidad rango único.

Mas ello no lo es todo, ni aun lo principal, porque hay en la civilización un tercer aspecto más importante y decisivo que los dos anteriores, aspecto en el que el hombre logra dominarse a sí mismo, emancipándose de las fuerzas superiores sujetas espontáneamente a los instintos. Es aquí donde radica verdaderamente la distinción entre el hombre civilizado y el salvaje y bárbaro. Bien lo había comprendido un periodista francés que, en octubre de 1938, escribía en "Le Temps": "Porque ofrece el espectáculo, sublime las más de las veces, en su obstinación de desligarse de toda animalidad, de sacudir esa existencia limitada, egoísta, brutal, cruel, para vivir una vida más generosa, más libre, más dulce, más bella, la historia del hombre es apasionante y ella, en su emancipación lentamente elaborada por esa heroica obstinación, constituye lo que es la civilización. El desarrollo de la civilización es, con exactitud, el de la idea de moralidad."

Esa civilización, a tiempo que al hombre individual, afecta al hombre colectivo. Hay individuos civilizados y otros que no lo son; se distinguen de los últimos los primeros hasta en las notas externas: en los rasgos de la cara, en los gestos más insignificantes y en los más comunes también, pero, sobre todo, en su porte espiritual y en sus manifestaciones intelectuales y morales. Por lo que hace a las colectividades civilizadas, ellas se dan a conocer, de un lado, en su patrimonio cultural, en el ambiente de cultura que ellas provocan, y del otro, en sus instituciones públicas, en su respeto por el Derecho, en la evolución social y política. Este aspecto colectivo de la civilización corrobora y beneficia aquella forma individual de más humanidad, superiormente humana, esa manera de ser hombre tal como acabo de describirlo. Pero ello sólo es posible dentro de una sociedad civilizada; sólo allí puede existir normalmente el individuo civilizado. Y tenemos entonces la etimología de la palabra civilización: "ciudad", "ciudadano", "ci-

vilización". La civilización de una sociedad está proporcionada, pues, por los medios que ella ofrezca a los individuos que la componen de realizar la triple perfección: técnica, cultural y moral, que distingue y gradúa a las civilizaciones.

\*

Como se ve, en ese concepto corriente de la civilización no interviene directamente la noción de Dios, al revés del de la religión, donde Dios toma directa y esencial parte. La religión no es otra cosa que la organización de la vida humana, individual y colectiva, en función de Dios, en sus relaciones con la divinidad. Sólo así puede hablarse de religión. En cuanto Dios vaya mezclado a nuestra vida y en cuanto nosotros estemos en amistad con El, existe la religión.

La distinción entre civilización y religión, que hoy se nos hace elemental, no siempre se había visto entre los hombres. Interesa comprender exactamente que ella es obra legítima del cristianismo y que si tal separación se nos presenta hoy como indispensable, es porque todavía respiramos una influencia profundamente cristiana.

En efecto, al cristianismo le somos deudores de la precisa diferenciación entre lo profano y lo religioso, entre lo temporal y lo eterno. Pudo haber sido vislumbrada anteriormente, pero no afirmada con tanta nitidez. En tiempos anteriores al cristianismo la religión era elemento esencial y aun primordial de la civilización. Practicar una religión era, directamente y en primer término, ejercitar la condición de ciudadano y de hombre civilizado, cuya vida total jugaba en torno a la vida de la ciudad. El culto era esencial manifestación de la vida ciudadana. En y por sus vínculos con la ciudad, el hombre, tanto como civilizado, era religioso. La filiación religiosa y la filiación cívica constituían una sola cosa. Entre los judíos y por dondequiera se veía igual fenómeno. El esclavo y la mujer, excluidos con tanta frecuencia de la vida ciudadana, lo estaban, por el mismo hecho, de la religiosa.

El cristianismo vino a señalar las relaciones del hombre con Dios sobre plano por entero diferente al resto de la vida humana. Organizó la vida religiosa en sí misma, por ella misma, y estableció una Iglesia distinta e independiente de la ciudad temporal. "Mi reino no es de este mundo" (1). "Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios" (2). Con un vuelco terminante de la historia, marcaba aquello en la humanidad una innovación sin precedentes. Sobre esa decantación, sobre tal diferenciación, quedaba fundada la religión, y de rechazo, la civilización.

Quedaba fundada la religión: la verdadera religión verdaderamente "formada", con autonomía, y distinta de todo lo que ella había sido. Con esa diferenciación quedaba fundada la religión, como con Galileo había sido fundada la física, y la astronomía con Copérnico. Este sólo hecho, bien se ve, coloca al cristianismo en lugar aparte entre las demás religiones humanas.

Pero también, y de resultas, la civilización se veía como emancipada y establecida. Ella surgió en terreno propio, distinto, profano. Tuvo ella sus propias leyes, diferentes en sí mismas de las leyes religiosas.

Por el mismo hecho, es cierto, la civilización, de ahora en adelante, enteramente humana, puramente terrestre y temporal, dejaba de ser el todo, lo absoluto, el último fin de la vida humana. Ya ella no sería divina. Ella no sería ya el bien definitivo del hombre, su ley suprema. Por el contrario, la civilización venía a verse ordenada, subordinada a algo superior a ella: a Dios.

Podemos ahora sí formarnos idea cierta de lo que es, en su esencia, una civilización cristiana, de lo que constituye, después de todo, el carácter cristiano de nuestra civilización. Una civilización cristiana (y hubiéramos dicho laica, si el término no tuviera un sentido peyorativo, de negación, polémico), una civilización cristiana es aquella que, siendo profana en su estructura, busca, más allá de sí, por encima de ella, en Dios, su fin último, su fin supremo, su orientación definitiva.

Fácil nos sería ver que las notas propias de una civilización de tipo cristiano: primacía de la persona espiritual sobre el grupo social, igualdad fundamental de todos los hombres, universal fraternidad humana, provienen directamente, al tiempo que de la precisa distinción entre lo profano y lo religioso, de esa última subordinación de la vida del hombre a Dios, como lo reclama el Cristianismo. Por el contrario, las civilizaciones de molde no cristiano, bien por la confusión propia en ellas de lo profano y lo religioso, o ya por el rechazo de orientarse definitivamente hacia Dios, negando están aquellos distintivos.

Lo que acabamos de afirmar respecto a la naturaleza propia de una civilización cristiana habrá de permitirnos palpar el intenso drama de nuestra época y comprender en su fondo la trágica crisis de civilización que sacude a Europa, y con ella al mundo.

Durante ese período de incomparable amplitud que fue la Edad Media, constituyó Dios, gracias a la influencia del cristianismo, el centro verdadero de la vida humana, su principio inspirador y el ordenador supremo.

Con el Renacimiento, en el siglo XVI, sorprendieron los tiempos a la criatura humana orgullosa de una autonomía, que sólo había adquirido merced a la religión de Cristo, con pretensiones ya de bastarse por sí misma, sin necesidad de recurrir a Dios. Creyó entonces que la sumisión a Dios se oponía con el normal desarrollo de su ser: inteligencia, voluntad, sensibilidad, y comenzó el hombre a rechazar lo sobrenatural, imaginándose que, con ello, llegaría, por fin, a ser "él mismo" y a avanzar indefinidamente por el camino del progreso.

El hombre, con todo, acariciaba un ideal de la vida venido del Cristianismo y no concebía la civilización de otro modo que en el inspirado en las tres notas características de una civilización cristiana. Proclamaba él, todavía más triunfalmente que en la Edad Media, el ideal de libertad, igualdad y fraterni-

dad. Pero no quiso darse cuenta de que aquellas características eran precisamente la consecuencia de una orientación hacia Dios de toda la civilización, ni quiso comprender que, fuera de ese supremo destino, pudieran ellas subsistir por largo tiempo.

Rápidamente los caracteres cristianos de nuestra civilización empezaron a descaminarse: la primacía de la persona humana volvióse individualismo, la igualdad fundamental de todos los hombres se mudó en igualitarismo, la fraternidad universal de la humanidad llegó a ser humanitarismo. En síntesis, todo fue falsificado. Y comenzaron entonces nuestras desgracias.

Pero eso era tan sólo una etapa.

El hombre está urgido, con irresistible necesidad, de lo absoluto, de lo infinito, de lo eterno, de lo trascendente, de Dios. Si elimina a Dios de su vida, quiéralo o no, tiene que darle un reemplazo, tiene que crearse, forjarse un equivalente que, en lugar del Dios verdadero, sea sólo un falso Dios reducido a proporciones limitadas y terrestres. Ese el secreto de que ciertos pueblos descristianizados hayan constituido de la raza o de la clase sus absolutos definitivos y sus ídolos inequívocos. Entonces, desapareciendo lo verdaderamente civilizado, dejará de existir la civilización cristiana.

En los momentos de ahora, esos nuevos paganismos pretenden con soberbia el dominio del mundo. Contra ellos marchamos nosotros, dentro de una civilización de tipo cristiano sí, pero vacía, por lo regular, de su savia: de Dios, de Cristo. Así pues, las olas de la nueva barbarie avanzan hoy contra una civilización cristiana, pero desviada, privada de su alma.

Sin duda alguna, el ataque será rechazado. Grande es todavía el ejército que defiende los ideales cristianos de civilización, para que pueda suceder de otro modo. Por ser los más fuertes, nosotros venceremos. Pero no es la victoria en sí la que nos preocupa, bien que debamos empezar por ganarla.

Ante los peligros que amenazan hoy a nuestra civilización, por encima de todo y en interés primordial de la causa por la cual batallamos, es preciso que sus partidarios, unidos

para defenderla, cobren conciencia de su naturaleza cristiana y de la necesidad que les asiste de vivir y fortalecerse en las aguas mismas del Cristianismo.

Sería enorme engaño el de pretender salvar la civilización cristiana dejando que ella prosiga su marcha lejos de la influencia de Cristo. Vencidos los enemigos exteriores, hay que emprender el afianzamiento cristiano de nuestra civilización. El porvenir depende de la solución de este problema.

## II

Reconocido que los trastornos actuales del mundo son los síntomas de una crisis sin precedentes de la civilización occidental cristiana, el asunto se habrá de concretar ahora a saber dónde están los responsables del mal. Y entonces, forzosamente, ya que se trata de una crisis de la cristiandad, tenemos que referirnos a los enemigos del cristianismo. Desde luego, puesto que ellos no faltan en nuestros días, anotaremos en cuentas a francmasones, comunistas, nazistas, incrédulos, racionalistas y materialistas. . .

Nada más natural ni más justo que pensar de esta manera. Quienes, de un modo o de otro, combaten al cristianismo, es decir, la fe cristiana, la moral del cristianismo, el culto cristiano o su Iglesia, combaten lo que ha constituido el alma misma, la vida de nuestra civilización, y, sin duda y por sobre todo, trabajan por la destrucción de esa alma y provocan la desagregación que hoy presenciamos. Una civilización cristiana sólo es posible animada por un alma cristiana.

Encuéntrense, sin embargo, desde hace años, pensadores y escritores cristianos que, no sin provocar escándalo y despertar la cólera de sus correligionarios, parecen haber emprendido la tarea, antes que de acusar a los enemigos del cristianismo, de combatir contra los mismos cristianos.

Nicolás Berdiaeff, por ejemplo, en sus notables estudios sobre el comunismo, particularmente el de Rusia, hace insis-

tente hincapié sobre la labor dejada de cumplir por los cristianos (3).

Daniel Rops, al complacerse en igual tema, escribe: "De parte del mundo cristiano existe, permitida y justificada por él, una responsabilidad que sobrepasa en importancia a la de los no cristianos." (4).

¿Dónde estará, en este caso, lo justo? ¿Andará bien cimentada la causa de los cristianos?

Comprendo perfectamente que examinar este problema es cosa delicada, difícil y, en cierto modo, desagradable. Con grande facilidad, si no se tiene cuidado, puede exagerarse el ataque, infamar tranquilamente a los correligionarios, sembrando casi la duda de ser ellos los culpables, mientras los enemigos del nombre cristiano quedan como inocentes corderos. No se logrará entonces evitar ni lo odioso, ni lo ridículo.

Con todo, tema semejante, ya tratado por algunos, ¿no se funda acaso en los hechos? . . . ¿No es cuestión ella que merezca un examen? . . . Pero si es que sorprendería que el problema no se estudiara. Porque, ¿averiguado no está, entonces, que en toda ocurrencia, hay dos clases de enemigos: los de fuera, declarados, y los de dentro, ocultos, inconscientes muchas veces, por otra parte, de ser los agentes de las fuerzas contrarias, ya que sólo de ayer data la quinta columna? . . . De esos dos adversarios, el íntimo es, sin duda alguna, el más temible; el enemigo de fuera, en verdad, únicamente cuida por el de dentro. ¿Y quizá no estamos ante caso semejante en lo que mira a la crisis de nuestra civilización cristiana?

Es patente, ya lo sé, que, de ordinario, sienten los cristianos marcada repugnancia por un examen de conciencia como el que nos proponemos. Algo sabemos de eso los predicadores. Impunemente podemos referirnos a los vicios privados del auditorio: hablar contra las modas sin recato, contra el relajamiento de las costumbres, contra el apetito de placer, contra la avaricia o la embriaguez. Felicitaciones obtendremos por nuestro coraje. Pero que el mismo predicador se atreva a decir a su piadoso auditorio que buena responsabilidad le ca-

be en materia de comunismo y que también él puede ser culpable de los desórdenes del mundo, en aprietos se verá el pobre por sus ideas avanzadas y subversivas, para aplacar la indignación de sus oyentes.

Sin embargo, tan cristianos como seamos y precisamente porque lo somos, aboquemos sin miedo el siguiente análisis:

\*

Cuando se trata de poner en claro lo que predomina en las reacciones psicológicas del mundo cristiano, por ejemplo durante los cincuenta años que acaban de pasar, no deja de sorprender esa posición de negativa que, como un hecho casi ordinario, se ha venido adoptando frente a lo que llamamos el mundo moderno. Ser cristiano, ser católico, equivalía a hacer parte de la oposición.

Para muchos, la vida cristiana se concretaba a un conjunto de impedimentos, de prohibiciones. "Eso está vedado", era la consigna, la moral. Diciéndose cristiana, esa actitud se manifestaba, por lo demás, en todos los campos.

Ella se ejercitaba, por sobre todo, en lo político. Francia, por ejemplo, se declaró republicana; la mayoría de los católicos permanecía realista, de modo que, por largo tiempo, era difícil para un católico ser republicano, sin pasar por mal católico y sin aparecer como un insincero republicano. Conocidas nos son la serie de misivas de León XIII pidiendo a los católicos franceses plegarse al régimen republicano y las resistencias encarnizadas que, entre los católicos, hallaron esos llamados. Se necesitó de años para que se dejara de tener por extraño el ser a un tiempo católico y republicano.

Tal modo de ser cristiano patentizábase también en lo social, donde todo proyecto de reforma sufría la oposición del mundo católico horrorizado. Para él, todo allí era socialismo y comunismo. A los obreros se les tenía por los rojos, y los católicos, los sacerdotes que vivían la desgracia de interesarse por la suerte de las clases trabajadoras, eran asimismo rojos cristianos. Con cuánto menosprecio se pronunciaba, como afren-

ta, esa palabra. Y no es que se careciera de compasión por la suerte de los pobres; había gran generosidad, pero queríase que ella fuera obra de una caridad benévola y no de justicia. Era inmensa la largueza en las limosnas, pero que no se hablara de aumentar salarios.

Francois Mauriac, en su obra *Le Noeud de Viperes*, ha anotado con energía esa mentalidad católica de hace apenas pocos años:

"...los pobres —tus pobres—, una vez socorridos (le dice el protagonista de la novela, un incrédulo, a su esposa, católica ferviente), no te los encontrabas sino cuando, felices, iban a reclamar su deuda de las personas bajo tu dependencia. Eras intransigente respecto a la obligación que cabe a las amas de casa para obtener en el trabajo un mayor rendimiento con el menor dinero posible. La anciana miserable que, en las mañanas, pasaba con su cesta de legumbres, y a la que hubieras socorrido liberalmente, de haberte ella extendido la mano, no te vendía una lechuga sobre la que no pesara tu honradez para mermar las insignificantes ganancias. Las más tímidas sugerencias de los fámulos y obreros para un aumento de salario suscitaban primeramente tu estupor y provocaban luego una indignación cuya vehemencia era tu defensa y el seguro imprescindible de tus propósitos. Te cargabas cierta especie de ingenio para demostrarles a esas gentes que de nada tenían necesidad. Una larga lista multiplicaba en tus labios las ventajas de que ellas estaban disfrutando: vosotros tenéis alojamiento, vino, la mitad de una lechona que estáis alimentando con mis bellotas y un huerto para el cultivo de las legumbres. Los pobres diablos no podían ser más ricos. ~~Si~~ afirmabas que tu doncella se hallaba en capacidad de ahorrar íntegramente los cuarenta francos de su sueldo mensual: ella es mi sucesora en vestidos usados, en ropa interior, en calzado. ¿Para qué necesita de dinero?... Quizá para donarlo a sus familiares. Por otra parte, cuidabas cariñosamente de tus sirvientes cuando enfermaban; nunca los desamparabas y siempre debía yo reconocer que, por lo general, gozabas de la

estimación, y a menudo, del afecto de esas gentes poco adictas a los amos bonachones. Sobre todo aquello profesabas las ideas de tu medio y de tu época, sin acordarte nunca de que ellas están condenadas en el Evangelio. "Mira, te decía yo, creo que Cristo dijo...", y tú me interrumpías rápidamente, desconcertada, furiosa por tus hijos. Siempre terminabas por caer en el lazo... Y balbucías... "No podemos tomar al pie de la letra..." (5).

En este terreno fue precisamente, y en las sociedades católicas, donde hallaron mayor oposición las normas sociales de la Santa Sede. Un día, en la Cámara francesa, mientras la derecha católica abundaba en silbos, sin designar autor alguno leía un diputado cierto texto del Papa, con los aplausos consiguientes y exaltados de las izquierdas. Quien hablaba era un diputado católico. "Qué escándalo, le gritaban sus copartidarios; mire quiénes le aplauden." "El escándalo, replicóles el orador, está en el escarnio que vosotros queréis inferir a la doctrina de la Iglesia."

Y podríamos seguir con los ejemplos en los demás planos de la vida, sobre todo en el intelectual y en el artístico.

Largo tiempo anduvo de moda en medios católicos, el condenar la ciencia y confundir en esa reprobación los abusos que de ella se hacían con los progresos verdaderos de que la ciencia era agente. Y estaba tan arraigado el prejuicio de la supuesta hostilidad de la Iglesia contra la ciencia que, como una reacción, vino sobre esas ideas toda una apologética popular: que se instalara un micrófono en un templo o que, al partir de misión, una religiosa tomara el avión, la Iglesia, decía esa apologética, en verdad, no es enemiga del progreso. ¡Como si algo tuviera que ver todo ello con la verdad religiosa o con la santidad de la Iglesia!

En los dominios del arte, mientras que la Iglesia fue, hasta el Renacimiento, la inspiradora de las corrientes, al punto de hacerse imposible conocer el arte medioeval y aun el humanista sin saber de la Escritura, de la teología, de la liturgia, de la hagiografía, el arte moderno se ha desarrollado, muy al

contrario, abierto por entero de toda influencia religiosa, sin que hasta el momento, desde hace muchos años, haya beneficiado nada, fuera de esas precisas excepciones tan favorecidas por la incomprensión de ciertos medios católicos. De allí que, para muchísimos contemporáneos nuestros, el arte religioso necesariamente tiene que ser el medioeval, el gótico. (6). Ese constante mirar hacia la Edad Media y el Antiguo Régimen, mezclados y concebidos ambos en modo confuso y superficial, ese retorno incansable combinado con un poderoso instinto de conservación en el punto de posiciones adquiridas (que en nada se referían a la Edad Media ni al Viejo Régimen), constituían el fondo de reacción de lo que, en identificación con la mentalidad católica, se ha llamado la mentalidad del bien pensar.

En síntesis, el resultado está en que nuestro mundo cristiano, en bloque, continúa firmemente retrógrado, oponiendo a toda innovación, a toda transformación, a todo progreso (para emplear la palabra mágica), su rechazo y su incomprensión sistemáticos. Sin duda, muchas excepciones podrán llovernos al respecto, pero sólo serán excepciones que confirman la regla.

De modo que hemos llegado a la situación paradójica de una civilización cuyo rasgo más característico y distintivo está en ser una civilización cristiana que, como a impulso de una fuerza adquirida, se desenvuelve perfectamente al margen, si no en oposición al cristianismo. Desde luego, la culpa no estaba tan sólo en los cristianos. Un viento de emancipación, de laicismo, de racionalismo, soplaba dentro de esa civilización, y muchos de sus representantes sólo deseaban y sólo se esforzaban por consagrar el divorcio entre la civilización y el cristianismo. Mas, hemos de aceptar que, por esa terca posición de rechazo, por ese continuado mirar al pretérito, los cristianos todos no hicieron sino acentuar aquella tendencia y ayudar a ahondar el abismo entre la religión y el mundo.

Sobre el particular, hubo consecuencias de peso.

Como primera entre todas, la de que, deseándose vivir

la vida del siglo y participar, en una u otra forma, del curso de las ideas, del movimiento artístico o del tropel de los negocios y de la vida pública, resultaba incómodo ser cristiano. (7).

Porque, muy a menudo, chocábais con los prejuicios del medio vuestro, tan de sano juicio, y pasábais bien presto a la condición de tráfugas o de excéntricos, por decir lo menos. De otro lado, eran múltiples las dificultades para permanecer fieles a todos los preceptos de la moral cristiana y de la disciplina católica. Muy arriesgado resultaba lanzarse a la política y seguir como buen cristiano. De donde, para medios católicos simples, ejercer la política, ser hombre público, equivalía a una prostitución casi. ¿Y qué decir de los negocios?... ¿Era acaso posible, manteniéndose vigilante a las exigencias de la moral, o anteponiendo, en caso de conflicto, la moral al enriquecimiento, mezclarse en esos asuntos sin sufrir ruina y, con mayor razón, hacer fortuna sin inquietudes de conciencia?... Bien es cierto que, a ese respecto, con grande espontaneidad y muy a la ligera, la mayoría de las gentes así raciocinaba: los negocios son los negocios... ¿Qué vamos a hacer? "Bastante mal me acarrea el ajuste de mi presupuesto y la inteligencia con los obreros, para que pueda admitir yo que la Iglesia y la moral se mezclen en ello", decía hace algunos años cierto industrial especialmente católico y piadoso.

De manera que resultaba casi imposible permanecer verdaderamente cristiano y tomar parte activa en el movimiento de nuestra civilización. Y, en tal forma, como por fuerza de las cosas, a medida que se iba afirmando el rompimiento entre la civilización y el cristianismo, la vida religiosa, toda reconcentrada, se establecía sobre un plano aparte y los cristianos, no sólo tomaban su partido, sino que, en la mayoría, llegaron a suponerse que no podía ser de otro modo.

Consistía entonces la vida cristiana en la práctica del culto: misa los domingos y el cumplimiento pascual; para los muy fervorosos radicaba ella en la piedad: misa diaria, meditación, rosarios, novenas; estribaba en el ejercicio de la caridad, vista únicamente en su aspecto de beneficencia y de generosidad;

se apoyaba en la práctica de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, pero aplicados solamente a la vida individual y a la vida de familia.

Nada representaba aquello, ciertamente. Pero, por lo común, lo dejaba a uno satisfecho, sin pensar que, en otros campos, como el social y el político, la moral cristiana, a más de comportar derechos y exigencias, imponía la obligación a los cristianos de llevar allá su cristianismo, como la levadura a la masa, y trabajar por la reedificación del mundo de Cristo.

Y asombra el constatar que, desde casi sesenta años, las prescripciones de los Soberanos Pontífices sobre el particular en parte alguna, como en las comunidades católicas, fueron menos comprendidas y más ignoradas.

Por eso resultaba empresa de tanto peligro el predicar ante el pueblo cristiano la doctrina oficialmente social de la Iglesia. De ordinario, si ellos cuidaban un poco de su reputación y si pretendían que no se les cerrara los púlpitos de renombre, los predicadores se guardaban muy bien de todo ello. Hemos, pues, de justificar la inquietud de ciertos párrocos responsables de su grey. "¿Qué queréis, no puedo echarme en contra las mejores familias ni provocar tumultos en mi iglesia." Reflexión es ella, hecha hace poco tiempo, por el cura de una de las mejores parroquias de París.

Ahora sí podemos explicarnos por qué ha sido posible en el mundo la difusión del prejuicio aquel que presentaba al cristianismo como enemigo del desenvolvimiento de la existencia y que le hacía aparecer útil sí para llevar los hombres al cielo, pero de ningún valor en lo que mira a su conducta en esta vida. El cristianismo sólo significaba un estorbo.

Ahora nos explicamos también por qué, según el decir de uno de los grandes escritores franceses, el cristianismo pudiera pasar por "una doctrina antisocial y sin humanidad; una doctrina de muerte, que, mediante un incentivo engañoso por el que se busca un dominio demasiado patente, suprime la vida de acá abajo en beneficio de una existencia ultraterrena." (8).



Y nos explicamos asimismo la razón por la que uno de nuestros políticos, y no el menor de Francia, haya podido acusar a la Iglesia de ser "la auxiliar y el instrumento de las más impuras fuerzas de opresión social, como el auxiliar también y el instrumento de las formas mayormente anticuadas de reacción política". (9).

Que en tales declaraciones palpite la mala fe y un desconocimiento elementalísimo sobre la verdad del auténtico cristianismo, convengo en ello firmemente, pero no desaparece así la gravedad de que el mundo cristiano haya podido prestarse a ser causa de tamañas alegaciones, poseedoras hoy de inmensa resonancia. (10).

Evidentemente, esa no puede ser la verdadera posición del cristianismo; en tal forma no piensa la Iglesia.

Para honor incomparable, ante la historia, del Pontificado Católico de Roma, a partir de León XIII, está allí esa voz suya que, en modo repetido y constante, con claridad, amplitud y fervor, en Encíclicas especiales, ha venido clamando a ese respecto. Sólo por ignorar tales quejas puede desconocerse la verdadera política de la Iglesia.

Del período que acaba de pasar no será ciertamente el menos singular y trágico de los aspectos esa lucha oculta, soterrada, pero tenaz y efectiva, entre lo que constituye el mundo cristiano, por un lado, y del otro, entre los jefes supremos de la Iglesia y ese grupo de cristianos activos tan sólo en el logro de sus fines. (11).

Muchas veces hemos opuesto cristianismo y catolicismo, pretendiendo que la Iglesia, en su jerarquía, era una especie de marco estrechísimo que ahogaba el fermento del Evangelio; y muchos adherían a ella dizque porque la Iglesia purgaba al cristianismo del veneno evangélico. (12). Mas, de sesenta años acá, se ha llegado a probar, por quienes miran las cosas de frente, que en lo contrario está lo cierto. Si hay intervenciones enérgicas y decididas que hayan salido por el derecho del Evangelio a ser la levadura que hinche la masa humana, son las de los Papas, desde León XIII hasta Pío XII.

No es verdad, por lo tanto, que ellos hayan predicado en el desierto.

Por encima de todo, el Papado ha puesto en salvo el honor del catolicismo.

Si tanto es, a la hora actual, el prestigio de la Iglesia, si acontecimientos como la muerte de Pío XI y el pontificado de Pío XII pudieron tener en todo el orbe, aun en el no cristiano, las repercusiones que conocemos, si es tanto el peso que carga hoy cada palabra del Santo Padre, es por lo dicho, precisamente.

De otra parte, muchos católicos van tras el Vaticano. Que sean todavía contados, ellos existen, es lo cierto. Los hay en todos los países. Y no se dejan desorientar por los trastornos de la época, pues bien conocen el valor de esos cataclismos; no ignoran ellos las causas y han medido ya sus consecuencias. El porvenir les pertenece.

Y hemos de reconocer forzosamente —para honra de mi patria —que en parte ninguna como en Francia se habían seguido mejor las orientaciones de la Iglesia. En parte ninguna había obtenido mejor actividad el trabajo de reintroducir, en todos los órdenes del vivir, el fermento cristiano en lo más palpitable de la masa humana. En ninguna otra parte hubo, últimamente, como en Francia, artistas mejor inspirados por su cristianismo, y no sólo para un presente, sino como precursores en materias de arte. Mauricio Denis y Desvalieres ponen, con sus nombres, muy en alto la pintura. Igual afirmación nos merecen las obras literarias y del pensamiento.

También es en Francia donde podían registrarse iniciativas sociales cristianas impresionantes con las que debía contar el mundo y hacia las que más y más volvía sus ojos la humanidad. Ved, si no, un movimiento tan maravilloso como el de la J. O. C., en el que, agrupados hacía diez años, cien mil obreros y obreras de la juventud, se habían trazado el deber de resucitar en sus hermanos el cristianismo y de apuntar las perspectivas de la nueva Ciudad.

Por todo ello, Pío XI, ya moribundo, declaró al Cardenal

Gerlier que sus consuelos mejores y sus mayores esperanzas estaban en Francia.

Dentro de la actual tempestad, anhelamos que aquellos elementos de vitalidad para el trabajo en nuestra patria sobrevivan; y suspiramos por que se aproxime la hora en la que todos ellos puedan retornar a sus labores de construcción. Allí, no en otra parte, se esconde la salvación de mi Francia y la del mundo.

R. P. J. V. DUCATILLON, O. P.

#### NOTAS

(1) Jhn. XVIII, 36.

(3) Nicolás Berdiaeff, sobre todo en el "Problema del Comunismo", Desdée de Brouwer, París.

(2) Lc. XX, 25; Mc. XII, 17; Mt. XXII, 21.

(4) Daniel Rops: "La sal de la tierra", en "El Comunismo y los Cristianos", p. 239, Colección Presences. (Plon, París, 1937).

(5) François Mauriac, "Le Noeud de Viperes", p. 111; Grasset, París, 1932.

(6) Redactadas estas líneas llegó a mis manos "Arte y Catolicismo" (Colección "Problemas actuales", Edit. de l'Arbre, Montréal), obra del R. P. Marie-Alain Couturier, O. P., uno de los mejores pintores religiosos modernos. La afirmación por mí hecha aparece en ese libro desarrollada en forma singularmente palpitante: "Por muchos siglos la inspiración religiosa formaba el alma y toda la razón de existencia para el arte occidental. No, en verdad, a fuerza de cualquiera exigencia interior y mutua, sino tan sólo porque la fe animaba entonces toda la vida social, toda la vida personal. Cuando ello dejó de ser, se buscó el arte otras fuentes, menos altas y menos puras, donde se patentizara su transformación, siglo tras siglo, se han venido agigantando las distancias, hasta ver hoy, por entero extrañas al espíritu de la Iglesia, las grandes corrientes del arte. Eso implica ciertamente el corolario de que el arte actual no fue ya más un arte vivo, cesó en el goce de las condiciones primordiales de un arte vivo." pp. 63-64. Y más adelante leemos: "En la forma como nuestra opinión y nuestra prensa religiosa se refieren a las actividades y pensamientos de los incrédulos, hay, con grande frecuencia, y para lamentarlo sinceramente, cierta ligereza, cierta falta de respeto por el obrar de los demás, y, en el fondo, una ignorancia de las cosas... Entre todo lo que desconocemos en nuestro mundo católico, entra lo concerniente a la evolución de las artes en los tiempos modernos. De donde resulta que, si hablamos a sacerdotes o a fieles, aún los "cultivados", del profundo cambio efectuado, de medio siglo para acá, en las artes, a duras penas estarán ellos en ca-

pacidad de comprender la importancia y el interés del tema, si es que lo han oído mencionar." P. 76. Y extendiéndose en el problema y queriendo preguntarse "si la falta de conocimientos en un dominio secundario no existirá en los demás campos", concluye así el P. Couturier: "Nuestra vasta ignorancia en el terreno artístico tendría entonces el preciso valor y el peso todo de un indicio." P. 82.

(7) Claro que no pretendemos afirmar que sea siempre difícil ser cristiano pleno y llegar allá sin mortificaciones. Hablamos sí de las dificultades como resultante del desgraciado divorcio entre nuestra cristiana civilización y el cristianismo.

(8) Emilio Zola. Fue también ese tema muy habitual en Nietzsche.

(9) León Blum.

(10) "La imagen que los adversarios de la Iglesia pintan del cristianismo es representación odiosa y falsa; pero no tendría ella tanta fuerza probatoria si muchos cristianos no hubieran aceptado ver en tal figura la suya propia." Daniel Rops, "La sal de la tierra", loc. cit., p. 243.

(11) "Cuando los jefes de la Iglesia intervienen en los grandes problemas humanos, ¿acaso no los vemos chocar con la incompreensión, no sólo de los incrédulos, sino también de los fieles practicantes? Esa falta de inteligencia tradúcese, por lo general, en la forma siguiente: la misión del Papa y la de los obispos está en guiar a los hombres por el cumplimiento de sus deberes con Dios; allí descansa su dominación. ¿Por qué, entonces, se ocupan ellos de las cuestiones sociales y de las intrigas políticas?..." Mgr. Carton de Wiart, obispo auxiliar de Malinas.

(12) He allí el caso de Carlos Maurras.

